

**Desilusión y falsas
ilusiones:
ingredientes básicos
en el desarrollo y
la madurez de
nuestros hijos**

**La verdadera
ilusión es apostar
incondicionalmente
por la capacidad
de toda persona
de crecer, madurar
y ser feliz.**

Qué nos impide educar hacia la madurez (I): La excesiva ilusión

Fernando de la Puente, sj

El objetivo y los impedimentos

En los artículos anteriores hemos analizado la madurez humana y el objetivo de la educación familiar, que es ayudar a que los niños y adolescentes caminen en esa dirección, poniendo en práctica, como dijimos, un buen liderazgo dinamizador.

Consideramos ahora interesante reflexionar sobre aquella que nos impide educar hacia la madurez. Si verdaderamente quiero que mis hijos sean maduros y responsables, ¿por qué no soy capaz muchas veces de ayudarles a serlo? ¿Qué es lo que hace que mi educación no sea eficaz en ese sentido?

Desarrollaremos aquí una serie de impedimentos, que en el fondo son criterios, ocultos o conscientes, que creemos son correctos para educar, pero que en realidad su uso o abuso pueden estar bloqueando a los hijos en su lento caminar hacia la madurez. Estos impedimentos son:

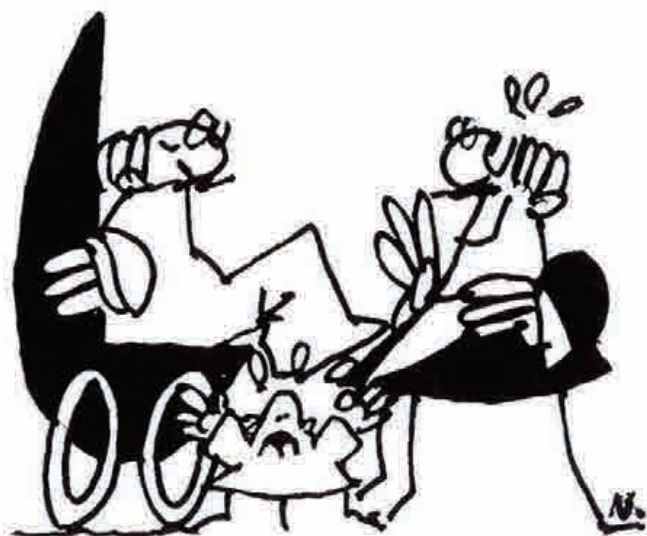
- 1) La "excesiva ilusión".
- 2) Los falsos esquemas de motivación: soborno, amenazas, promesas, ridiculización.
- 3) La mentalidad ejecutiva.
- 4) El chantaje afectivo.

Analizamos en este artículo la "excesiva ilusión".

La ley del "embudo" es la ley de la desilusión

Cuando unos padres se asoman a la cuna de su hijo recién nacido, sus ojos son todo ilusión. Ven en aquel niño un horizonte amplio de posibilidades. Es una promesa abierta al futuro. En realidad, aquel niño puede ser muchas cosas: un intelectual, un artista, un inventor, un gran hombre de negocios... Consciente o inconscientemente, se forjan las ilusiones. Pero a medida que el niño va creciendo y manifestándose, aquel horizonte, que era la boca ancha del embudo, se va estrechando. Los padres observan detalles, el resto de la familia también y luego vienen los informes del colegio. A veces no se trata de cualidades más o menos brillantes, sino de un carácter agresivo, poco cariñoso, etc... que quema o irrita a los que le rodean. Y sin formularlo mentalmente, sin decirlo con palabras, intuyen que su hijo no es tan listo, tan simpático, tan agradable o tan fuerte como habían soñado.





Es la ley del embudo que puede significar la ley de la desilusión. Y la mayor tragedia para un niño es ser un marginado de la ilusión. Existe una especie de "derecho del niño" a que se tenga ilusión por él, aunque no muestre cualidades relevantes o un carácter muy equilibrado. Padres y educadores tenemos el derecho y "la autoridad" de comunicar ilusión. Esto ayuda más a crecer a los hijos que andar decidiendo mentalmente o soñando lo que esos niños van a ser.

Las causas de la desilusión

Existen unas interferencias: unas ondas imperceptibles que se interponen entre el deseo positivo de educarlos hacia la madurez y mis reacciones o modos de actuar prácticos de cada día. ¿Cuáles son esas interferencias?

A) Interferencias desde el interior

Puede ser un diálogo interno secreto que ya tengo conmigo mismo como padre o educador y cuyo contenido son *mis proyectos* acerca de mis hijos, que muchas veces suenan a proyectos compensatorios. Que ellos sean quizás los vengadores de nuestras frustraciones históricas, "que lleguen a donde yo no llegué", "que hagan lo que nosotros no pudimos hacer", "que no interrompan la tradición familiar" ("en mi familia todos somos titulados superiores").

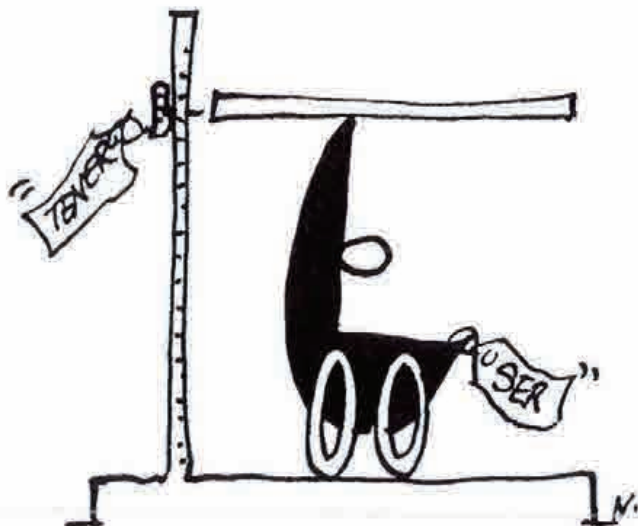
Quizás es también la eterna ambición humana que se formula ordinariamente como querer *lo mejor para mis hijos*, y que suele significar en la práctica querer el prestigio, el poder y el éxito. Nos da pena o nos molesta que ellos no sean capaces de continuar el nivel socioeconómico familiar, que "bajen de nivel". Hay padres que lo confiesan, a veces casi con lágrimas: *nuestro orgullo está profundamente herido, tenemos tres hijos y ninguno*

de ellos ha logrado un título universitario. En una ocasión, otro padre confesaba en un momento de intimidad familiar: *no podéis imaginar la irritación profunda que he sentido cuando oía decir a alguien que su hijo o hija tenía notas brillantes en una carrera técnica superior. Era como una puñalada en mi corazón; yo no he logrado tener un hijo brillante.* El problema es que ese orgullo herido, disgusto o irritación estaban ya presentes desde el principio en forma de expectativa secreta, y les había llevado a relacionarse con alguno de sus hijos, desde su infancia o adolescencia, en actitud de desilusión personal.

B) Interferencias desde el exterior

Suelen ser el influjo de la cultura actual (competitividad, prestigio, poder...) expresada y reforzada por los medios de comunicación; una publicidad que nos invade y crea un caldo de cultivo de una determinada filosofía de la vida. Desde esa cultura se llega a creer que un hijo no puede ser feliz si no logra determinados objetivos académicos o profesionales: o lleva a presumir en público de hijos listos, como signos externos de mi propia felicidad; o lleva a estar avergonzado de ellos y no hablar de ellos cuando fracasan o no tienen grandes cualidades.

La cultura moderna ha hecho más humana la vida, e incluso, nos hace más sensibles hacia los derechos humanos, la solidaridad, sinceridad, etc..., pero tiene grietas, como cuando propaga el consumo materialista, confunde el ser con el tener, a la personalidad con las cualidades intelectuales. Sin querer, no nos interesamos por las personas, sino por su categoría. "Es fulano...", nos dicen. Y preguntamos "¿Quién es?", lo que significa: "¿qué es?", cuál es su categoría, su posición, su nivel de poder.



C) Consecuencias

Estas interferencias producen las *excesivas ilusiones* o ilusiones falsas que al no verse realizadas causan irritación o disgusto. Empezamos a ponernos nerviosos, formulamos secretamente diagnósticos ("no vale", "este chico es un caso inútil"); después queremos llevar las cosas por la tremenda; con lo que, además, rompemos el diálogo y la confianza; y al final sobreviene la desilusión. Resulta por lo tanto, que la excesiva ilusión llega a producir una gran desilusión educativa, lo cual es una manera negativa de educar porque influye negativamente en la autoestima de los hijos y en el clima de diálogo y confianza familiar. Por cierto, hemos hablado de que en este proceso de expectativas "nos ponemos nerviosos". Este suele ser un test bastante claro; observemos lo que nos pone nerviosos y nos irrita, y veremos cuáles son nuestras auténticas filosofías de la vida y nuestra jerarquía de valores.

Ellos tienen que vivir su vida, no nuestros sueños y nuestros proyectos. En realidad no tenemos derecho a soñar proyectos vitales sobre nuestros hijos porque condicionamos la relación personal. Lo correcto, y por lo visto lo heroico en esta sociedad, es quererles incondicionalmente, y seguirles queriendo aun en los mínimos o discretos niveles de éxito en los que ellos se van situando libremente o por condicionamientos personales. Educar es sentir y comunicar sin palabras: "hijo mío, te quiero aunque no seas lo que he soñado para ti".

Otras veces, irritados por su falta de éxito, adulteramos las motivaciones y caemos en flagrantes incoherencias respecto a nuestros pretendidos valores espirituales y humanos: *si no estudias no vas a poder tener...* (pónganse aquí diversos objetivos del bienestar y del nivel de vida) *y no podrás ser feliz.* ¿Es esa la filosofía de la vida y el mensaje de valores que estamos comunicando? ¿Es esto motivar con la verdad? Si sabemos que esa no es la verdad, ni nos la creemos, ¿no estamos manipulando el alma del niño o adolescente cuando le hablamos así?

La verdadera ilusión

Creemos que existe una ilusión sana, un sano optimismo en educación, basado en una serie de creencias educativas básicas:

- 1) La verdadera ilusión consiste en creer que todo niño, por ser persona, posee la capacidad de crecer, madurar y ser feliz; progresar gradualmente, desde sus condicionamientos, y desempeñar en la sociedad una función digna. Puede llegar a SER



aunque "sea" distinto de como yo lo pensaba. Pero, con frecuencia, programamos a los niños y su destino como si fueran una prolongación de nuestra vida. Una educación buena debe ser cuidadosa y preventiva, pero abierta, porque el destino es de ellos, tienen capacidad de situarse y elegir. Y un aspecto decisivo de esa felicidad a la que pueden llegar, es, por ejemplo, la capacidad de querer y ser querido, la capacidad de amistad, que puede realizarse independientemente del nivel económico o profesional.

Existe una especie de "derecho del niño" a que se tenga ilusión por él, aunque no muestre cualidades relevantes o un carácter equilibrado

La filosofía optimista de la persona nos dice que en el ser humano existe una tendencia vital a desarrollar toda su potencialidad, lo que realmente tiene; a satisfacer sus tendencias básicas; a revalorizarse por medio del aprendizaje; a configurar su propia vida. Esa fuerza, tendencia vital e impulso innato, están ahí dentro de tu hijo/a. No hace falta

que tú proyectes o sueñes artificialmente nada sobre él. Si en algún momento de su evolución se detiene en ese desarrollo, es que no puede avanzar más, porque los objetivos que se le proponen superan su capacidad; y habría que acomodarse a su ritmo por pequeños pasos y adaptaciones de aprendizaje; o bien, porque está bloqueado por mil cosas, problemas evolutivos, afectivos etc.... y necesita desbloquearse; y para ello lo peor es el juego de falsas ilusiones y amargas desilusiones; y lo mejor es que se le siga queriendo tal como es y como está.

2) La verdadera ilusión consiste también en creer, que niños y adolescentes no son culpables de las condiciones (biológicas, familiares, ambientales) que les hacen torpes, antipáticos, irritables, faltos de tino, de concentración, etc... En general, nadie es difícil por gusto, sino porque ha sufrido adaptaciones negativas a la realidad o actitudes más o menos neuróticas. La ilusión ante el más desfavorecido está plenamente justificada, teniendo en cuenta, además, que probablemente (quizás sin querer) fue nuestro modo de educarle o nuestro peculiar ambiente sociofamiliar, lo que provocó o acentuó su inseguridad, excesiva introversión, distancia afectiva; y nuestra herencia genética la que le hizo irritable, no concentrado, inestable etc...

Tener ilusión sana por los hijos se fundamenta en aceptar al hijo como es. Esto es una tarea de todos los días, de todas las horas, una lección que no se aprende de una vez y que supone un coraje inmenso por parte de padres y educadores.



Tener ilusión sana se parece al amor incondicional. Sabemos que a muchos niños se les ha transmitido "te quiero con tal de que no me desiliones", o "no dejes de llegar a tal categoría social". No es extraño que muchos niños y adolescentes traduzcan que "mis padres sólo me quieren por las notas, mis éxitos, mis resultados". Cuando perseguimos notas y resultados de un modo tan angustioso y nos alegramos "tan extraordinariamente" por los resultados académicos más que por las buenas actitudes humanas, quizá no esté tan claro nuestro amor incondicional. No transmitimos claramente, o al menos ellos no lo acaban de ver, que lo que queremos es que sean unas personas felices.

El amor incondicional es el que dice "llega a ser lo mejor que puedas ser, pero te quiero aunque no hagas lo mejor para ti mismo". Este es el mejor alimento para el equilibrio y la autoestima.

El amor incondicional es el que dice "llega a ser lo mejor que puedas ser, pero te quiero aunque no hagas lo mejor para ti mismo."

Ser persona siempre es posible

Ser importante, rico, popular, atractivo, no siempre es posible. A veces, tampoco es posible ser un abogado normal, un técnico normal, un economista normal. Pero siempre es posible ser persona y vivir en paz consigo mismo. Todo

niño, todo ser humano, posee la capacidad de ser persona feliz. ¿Se lo impedimos con la excesiva ilusión? Dice el Evangelio: *dejad que los niños se acerquen a mí y no se lo impidáis*. Se podría traducir a un nivel pedagógico-humano como: *dejad que los niños crezcan hacia una personalidad madura y feliz*. ¿Quién se lo está impidiendo? ¿Qué planteamientos educativos están bloqueando este crecimiento? ■

TEST APRESURADO PARA EDUCADORES Y PADRES:

1) Observemos lo que nos irrita y pone nerviosos: ¿qué nos preocupa realmente del futuro de nuestros hijos?

2) ¿Qué entendemos por éxito? ¿Qué elementos consideramos? Por si ayuda, intentad puntuar de 1 a 5 las siguientes variables:

- a) Éxito profesional
- b) Interrelación y sociabilidad
- c) Brillantez académica
- d) Ilusión y optimismo vital
- e) Altruismo, solidaridad
- f) Capacidad de trabajo y sacrificio
- g)

3) ¿Qué es para vosotros el "amor incondicional" (repasad la definición que se ofrece al final del artículo). ¿Estáis de acuerdo, en contra? ¿En qué?

4) ¿Cómo se puede ilusionar y motivar verdaderamente a vuestros hijos? (tormenta de ideas).